

CHILINDRÓN, UN TROMPETA, UN MONO Y MARGARITA



Un hombre estaba tocando la trompeta en la calle y la gente formó un corro alrededor. Era un hombre alto, quizá extranjero. Tocaba de tal modo, tan concentrado en su arte, que a su pesar llamaba la atención. Tenía

toda la pinta de haber sido un artista importante en su país, pero la pobreza lo había traído al nuestro. Los pistones de su trompeta subían y bajaban y con ellos unas notas tan graves y misteriosas que Chilindrón se detuvo de golpe, como hechizado por aquella música. Le parecía que, de pronto, le habían llevado a otro planeta, donde todo era mejor y más limpio. Y él, Chilindrón, podía andar por allí. Aunque sucio y todo, con las manos manchadas de rotuladores y tinta china de clase, Chilindrón paseaba por una ciudad de cristal y palacios hermosos donde la gente era feliz, feliz por los cuatro costados. Tal gozo, tal hermosura no podían ser de nuestro planeta, ni de la calle que Chilindrón cruzaba todos los días camino del colegio. Chilindrón pensaba que las notas de aquella trompeta eran como un ascensor, como un transbordador espacial que le había hecho cruzar, en un tres por cuatro, una galaxia entera. La música era una odisea espacial, a la búsqueda de un planeta mejor.

Chilindrón se había colado entre la gente para ver de cerca al trompeta. Estaba en primera fila. Al lado del músico, una niña rubia tenía un plato en la mano. Llevaba una blusa blanca y una falda roja bordada de lentejuelas hasta los pies. Era tan guapa que no parecía de aquí, y Chilindrón pensaba que quizá la música la había teletransportado hasta materializarse justo en la calle donde él la miraba asombrado. ¿Era un ángel, o tal vez de una raza alienígena, quizá el cuerpo que la música toma para hacerse visible a los sucios mortales como él? Fuese lo que fuese, la niña se llamaba Margarita.

Cuando el músico dejó de tocar, la gente aplaudió a rabiar y Margarita pasaba con un plato en las manos. Cuando llegó junto a Chilindrón, lo cogió de la mano y le dio otro plato para que le ayudara a pasarlo entre el público. Chilindrón se puso colorado porque tenía los dedos sucios y no quería mancharla. Y, además, él ¿qué pintaba en la gloria? Porque la gloria sería seguramente estar junto a ella, oír los aplausos de la gente, las monedas tintineando en el plato, el brillo de oro de su pelo y el de la trompeta. Chilindrón era feliz, pero a la vez se sentía sucio y ridículo como un mono tomando clases de inglés.

Entonces notó un golpe en el hombro. Al volverse vio que un mono le había saltado al hombro. Era un monito pequeño, un tití. Llevaba una gorra roja en la cabeza y un chaleco corto sin mangas. El mono saludaba alzando las dos manos juntas como un campeón y tocándose el gorro. La gente aplaudió, pues el titi era en verdad un buen humorista. De otro salto se fue a los hombros de la niña y cogió una moneda del plato y la metió debajo de la gorra. A la vez se sacó del bolsillo del chaleco un anillo de oro y lo colocó en la bandeja. Una mujer del público gritó:

-El anillo...¡Ese anillo es mío! ¡Serán ladrones!

La verdad es que el anillo tenía un diamante engarzado, un buen pedrusco grande y brillante. Nadie sabía cómo había llegado al plato de Margarita y por qué el mono se lo había sacado del dedo sin que la mujer se diera cuenta. La señora estaba nerviosísima. Chilindrón le devolvió el anillo, pero la señora no paraba de gritar.

-¡Mi anillo! ¡Ladrones!

El mono deambulaba entre el público. Iba entre unos y otros, ajeno al tumulto que se estaba organizando. El mono se sacó del bolsillo un billete de veinte euros y, de un salto, lo depositó en el escote de la señora. Aquello fue el colmo. ¿De dónde había sacado el titi aquel billete y por qué se lo colocó en semejante parte a la señora? Mono ladrón, lascivo y saltarín. Y para colmo, otra señora gritó entre el público:

-¡Pues a mí me acaba de robar esos veinte euros!

El titi saltaba del hombro de Margarita a la cabeza de Chilindrón, divertido de todo el tumulto que había formado. El músico apenas se enteraba de qué estaba pasando. En realidad, nadie sabía de quién era el mono. Pero era fácil suponer que aprovechaba la música y pasar el plato para robar a la gente. Un hombre agarró a Margarita por el brazo y la zarandeaba.

-¡Ladrona!

¿Margarita, una ladrona?, pensaba Chilindrón. Margarita era rubia. Margarita era guapa. Margarita había bajado a la tierra desde el planeta de la Música. No pudo contenerse. Chilindrón le arreó una patada en toda la espinilla. El caballero se inclinó y entonces apareció la policía.

Margarita y su padre el trompeta, Chilindrón y el mono acabaron en la comisaría. Y casi fue mejor así porque, desde la patada, la cosa se había puesto fea y hasta peligrosa. Margarita y el músico apenas hablaban español. Chilindrón se explicaba a medias y el policía no acertaba a comprender qué había pasado en la calle. ¿Un mono ladrón? ¡Un diamante!

¡Coño! Pues sí que el mono era un ladrón. Como que le acababa de robar su placa sin que el policía se diera ni cuenta. Un mono de dedos de seda. Sí, el mono le enseñaba riéndose su propia placa al policía. Era un mono cleptómano que robaba porque sí, sobre todo, aquello que brillase. También se sacó del chaleco un bolígrafo dorado y unas chinchetas de colores.

El músico y Margarita quedaron libres y a Chilindrón lo acompañaron hasta su casa. Cuando la madre abrió la puerta y lo encontró al lado de un policía, le arreó la célebre colleja automática. Tardó en enterarse, pero cuando lo hizo le pareció muy bien que su hijo defendiese a la niña. ¡Faltaría más! A Chilindrón sólo le daban miedo los gatos. Además, su hijo seguramente se habría enamorado. Enamorado de un modo caballeresco y chilindronesco, como un trovador de los antiguos tiempos. Chilindrón oía el nombre de Margarita y los ojos le chispeaban. Margarita, decía. Margarita...

Margarita ¿Está linda la mar?

Imagen: <http://mysticfallseries.blogspot.com.es/2013/08/dorothy-una-version-de-el-mago-de-oz-de.html>